

atricion, teneis vuestras fuerzas y las mias.» ¡Excelentes Padres! no se les ha hecho justicia. Querian salvar á todo el mundo. ¿Es culpa suya si tuvieron que recurrir á mil astucias para poner de acuerdo la razon y la justicia en una teología tan falta de razon como bárbara? Voltaire califica los dogmas cristianos de impertinentes y de ineptos. Un jansenista, que habla despues del jesuita á los Chinos, nos dirá si se equivoca Voltaire.

Los jansenistas son fieles discípulos de San Agustin, y el gran doctor ha recibido la aprobacion de los papas. En vano hoy tratan de rechazarlo haciendo pasar á los jansenistas por calvinistas disfrazados. Es una mentira más que hay que añadir á tantas otras cómo fabrican sin escrúpulo los defensores de la Iglesia para defensa de su causa. Escuchemos al jansenista de Voltaire; por su boca habla la verdadera tradicion: «No, Jesus no ha muerto sino para algunos: la atricion es una necesidad: las fuerzas de los Chinos no sirven para nada, y vuestras oraciones son blasfemias.» ¡Qué amable religion, y cuán á propósito para convertir á todo el mundo! Se empieza por decir á los Chinos que están condenados, predestinados á arder eternamente en el fuego del infierno, todos sus antepasados, ellos y su posteridad, por lo ménos noventa y nueve por ciento. ¡No dejarán con esto de creer en aquel Dios de amor!

¿No tiene razon el cuákero que viene despues de calificar de tigre al jansenista? Y cuando se contenta con llamar zorros á los jesuitas, los reverendos padres no tienen por qué quejarse. El cuákero pretende que los Chinos no necesitan el bautismo que los católicos quieren administrarles. «Así, dice, lo hacemos nosotros. Todo lo que se necesita es sentirse animado por el Espíritu: no teneis que hacer más que esperarle, él vendrá, y sabréis al morir más que lo que esos charlatanes pueden decir en toda su vida.» Hé aquí un teólogo que por lo ménos es fácil de contentar. ¡Así es que llueven sobre él las injurias! El anglicano le llama monstruo. «¿No sabeis, exclama, mis queridas ovejas, que solamente la Iglesia anglicana posee la verdad? ¿No os lo han dicho nuestros capellanes que han venido á beber el punch á Canton?» «No le creais, dice el jesuita, los anglicanos son unos desertores; han renunciado á nuestro papa, y solamente el papa es infalible.»

«Vuestro papa, exclama un protestante, es un asno; Lutero lo ha dicho. Mis queridos Chinos, reos del papa y de los anglicanos, de los molinistas, de los jansenistas y de los cuákeros, y no creais más que á los luteranos; no teneis que hacer más que pronunciar estas palabras, *in, cum, sub*, y comer y beber bien.» Voltaire hace hablar todavía á un puritano, á un mahometano y á un judío. Pero creemos que el lector habrá quedado edificado y que será de la opinion de los Chinos, que, despues de haber oido á todos aquellos predicadores, exclaman: «¡Por Confucio, todas estas gentes han perdido el juicio! Señor conserje de las casas de locos de la China, encerrad á estos pobres locos en sus jaulas correspondientes» (1).

## VI.

Ahora se comprenderá la guerra apasionada que Voltaire hace al cristianismo. Despojémonos de nuestras preocupaciones de la infancia, y aplaudirémos. Revelacion, milagros, misterios, pecado original, redencion, mediacion, gracia, predestinacion, condenacion, infierno, paraíso, todas estas cosas sagradas son invenciones humanas. Es cierto que ha habido hombres de buena fé entre los que imaginaron tal cúmulo de absurdos, pero tambien es cierto que ha habido impostores y pícaros que los explotaron en beneficio de su ambicion y de su codicia. Sin más que los innumerables fraudes cometidos, bastaria para desacreditar á la Iglesia que ha sacado partido de ellos. Y ¿cuál ha sido el resultado para la humanidad? Lo que todavía vemos en nuestros dias: supersticion, estupidez, hùmillacion de la razon, despotismo intelectual. Saludemos, pues, y aclamemos al gran libertador, á Voltaire. Se impone la mision de destruir la obra secular del error y de la mentira. Todas las fuerzas reunidas de los libres pensadores no son bastantes para este trabajo gigantesco. Voltaire se pone á su cabeza y los excita al combate. Á Helvecio le escribe: «Vuestro cobarde Fontenelle no vivia más que para él; vivid para vos y para

(1) *Galimatias dramáticos (Diálogos, Obras, t. xxxii, p. 79-82).*

los demas. No pensaba más que en hacer alarde de talento; servíos de vuestro talento para ilustrar al género humano» (1). D'Alembert publicó en 1765 un opúsculo sobre la *Destrucción de los jesuitas*. Esta palabra *destrucción* presenta para Voltaire el mismo atractivo que el orden y la armonía para nosotros: «Destruid, exclama, destruid cuanto podais, mi querido filósofo, así haréis un servicio al Estado y á la filosofía» (2). Se regocija del éxito de los demoleedores, y contempla con satisfaccion las ruinas que se acumulan al rededor de él. «Bendigamos, dice, la feliz revolucion que se ha operado en los ánimos de todos los hombres de bien desde hace quince ó veinte años: *ha excedido á todas mis esperanzas*» (3). Su ardor va aumentando con la edad; á los ochenta años escribe al duque de Richelieu: «Tengo una verdadera pasión por decir verdades que otros no se atreven á decir. Mi espíritu se ha fortalecido á medida que se ha debilitado mi pobre cuerpo» (4). Voltaire no es un escritor, es un apóstol. Condorcet escribió á Turgot: «Voltaire no trabaja tanto por su gloria como por su causa. No se le debe juzgar como filósofo, sino como apóstol» (5).

¡Singular apóstol! dicen los defensores de la Iglesia, que viene á destruir lo que han edificado los discípulos de Cristo. Sí; viene á destruir; ¿pero qué? ¿acaso el cristianismo del Evangelio? No, sino el cristianismo tradicional; quiere que la religion del pasado se transforme, que se convierta en la religion de la humanidad y de la caridad, en lugar de ser la religion de la humanidad y de la intolerancia. Voltaire escribió á d'Alembert: *Los filósofos no destruirán ciertamente el cristianismo, pero la religion se hará menos bárbara y la sociedad más dulce* (6). Escribe á Helvecio: «Desde hace doce años se ha operado en los ánimos una revolucion perceptible..... Yo sé que no se destruirá la jerarquía establecida, puesto que hace falta una para el pueblo; no se abolirá la secta do-

(1) *Carta* de 26 de Junio de 1765 (*Obras*, t. LIII, p. 132).

(2) *Idem* de 5 de Febrero de 1765 (*Obras*, t. LXII, p. 325).

(3) *Carta á d'Alembert*, de 4 de Junio de 1767 (t. LXV, p. 448).

(4) *Carta* de 3 de Junio de 1771 (t. LV, p. 522).

(5) *Idem* de 18 de Junio de 1770 (CONDORCET, *Obras*, t. I, p. 168, edic. de Arago).

(6) *Idem* de 13 de Febrero de 1764 (*Obras*, t. LXII, p. 269).

minante, pero seguramente se la hará menos dominante y menos peligrosa. *El cristianismo se hará más racional, y por consiguiente menos perseguidor*» (1). Hé aquí á Voltaire conforme con Locke, filósofo sinceramente cristiano. No ataca, pues, á la esencia del cristianismo, hace la guerra á una religion, que Jesucristo, si viviese, hubiera rechazado con horror. Voltaire ha sido profeta, el cristianismo se ha hecho menos perseguidor, se ha modificado, á despecho de las pretensiones de una Iglesia ambiciosa é intolerante. Hace cien años que Voltaire escribió las palabras que acabamos de citar. Hoy nuestras esperanzas sobrepujan á las del gran demoleedor; no creemos ya en la eternidad de la jerarquía; creemos, sin la menor duda, que la Iglesia perecerá, á ménos de que se transforme tambien.

Si nuestras esperanzas son mayores, es porque la revolucion ha cambiado profundamente el espíritu de la filosofía: de aristocrática que era, se ha convertido en democrática. Ésta es la única censura que tenemos que dirigir á Voltaire; habia nacido aristócrata, como todos los grandes genios, y vivia en un siglo que era todavía completamente aristocrático, á pesar de sus aspiraciones de libertad y de igualdad. De esta manera nos explicamos ese pensamiento humillante de que la filosofía no es buena más que para los *hombres de bien*, y que la supersticion es buena para la *canalla* (2). ¿Cómo no veia Voltaire que no se conseguiria su objeto, si solamente alcanzaba la ilustracion á los que él llama *gentes del mundo* ú *hombres de bien*? ¡La inmensa mayoría de los hombres seguirian

(1) *Carta* de 26 de Junio de 1765 (t. LIII, p. 131).

(2) A los pasajes que hemos citado más arriba debemos añadir aún algunos otros, que son muy característicos.—Voltaire escribió á d'Alembert: «No hace falta más sino que se pongan de acuerdo cinco ó seis filósofos para derribar al coloso. No se trata de impedir á nuestros *lacayos* que vayan á misa; se trata de arrancar los padres de familia á la tiranía de los impostores y de inspirarles el espíritu de tolerancia» (*Carta* de 6 de Diciembre de 1757, t. LXII, p. 45). «Yo perdono todo, con tal que la *infame* sea desacreditada como corresponde entre los hombres de bien y quede entregada á los *lacayos* y *sirvientes* como se merece» (*Carta* de 9 de Enero de 1765, t. LXII, p. 321).—Voltaire escribe á Helvetius: «No nos cuidamos de que *nuestros labradores* y *nuestros artesanos* sean ilustrados; pero queremos que lo sea la clase media, y lo será; es la única manera de suavizar las costumbres que la supersticion hace siempre tan atroces» (*Carta* de 13 de Agosto de 1762, t. LI, p. 479).

siendo esclavos de la superstición, y por consiguiente, instrumentos peligrosos en manos de una Iglesia intolerante! ¿No era esto perpetuar la dominación de la *infame* á quien quería aplastar? No se explica esta especie de desfallecimiento del atrevido demoleedor, sino por la influencia que el hecho universal ejerce sobre los espíritus más elevados. Aristóteles creía que la esclavitud había de durar siempre, porque veía tantos hombres hechos para ser esclavos. Voltaire perdía la esperanza de ilustrar á las masas, al ver cuán grande es la estupidez humana. Aun en el siglo XIX hay motivo para asustarse, y sin la firme convicción en el progreso y en la asistencia de Dios, también nosotros perderíamos la esperanza como Voltaire. Si nuestra esperanza es mayor, lo debemos á la inmortal revolución que ha ensanchado nuestros corazones y elevado nuestras ideas. La revolución es la obra del siglo XVIII. Aquel siglo generoso contenía todas las nobles aspiraciones. El émulo de Voltaire representaba de una manera brillante el espíritu democrático, y aquellas tendencias invadieron hasta la aristocracia. Voltaire, por más aristócrata que fuese, no cerró su alma á los nuevos sentimientos. Hay una página deliciosa en sus *Caprichos*: si la forma merece este título, el fondo es seguramente lo más serio y profundo que Voltaire ha escrito. Es una *Epístola dirigida desde Constantinopla á los Hermanos* (1):

«Sabemos que nuestros enemigos claman hace siglos que se debe engañar al pueblo, pero nosotros creemos que el pueblo más bajo es capaz de conocer la verdad. ¿Por qué los mismos hombres á quienes no se puede hacer creer que un cequí vale dos, han de creer que el dios Samonocodon ha cortado todo un bosque jugando?»

»¿Tan difícil sería acostumbrar á los bajáes y á los carboneros, á los sultanes y á los leñadores, que todos son igualmente hombres, á contentarse con creer en un Dios infinito, eterno, justo, misericordioso, que recompensa espléndidamente el mérito y castiga severamente el vicio sin cólera y sin tiranía?»

»¿Cuál es el hombre, cuya razón puede irritarse cuando se le recomienda la adoración del Sér Supremo, el amor del prójimo y la justicia?»

(1) *Caprichos* (Obras, t. XLI, p. 258).

»¿Qué nuevo estímulo resultará para la virtud, después de haberse matado por saber si la madre de Dios parió por la oreja ó por la nariz? ¿Se formarán por esto mejores padres, mejores hijos, mejores ciudadanos?»

»A los pueblos del Thibet les suelen llevar las reliquias de la silla de noche del dalai-lama; se las incrusta en marfil; las mujeres devotas las llevan al cuello; ¿no sería posible en rigor hacerse agradables á Dios por medio de una vida pura, sin adornarse con semejantes objetos que, después de todo, son ajenos á la moral?»

Hé aquí unas palabras dignas de un libertador de la humanidad. Nada más depresivo para la especie humana que la división de los hombres en *canalla* y *hombres de bien*, los unos destinados á vivir eternamente sumidos en la ignorancia y en la superstición, los otros viviendo del libre pensamiento y manteniendo, sin embargo, para las clases inferiores las creencias que ellos desprecian. ¿No sería esto el reinado de la hipocresía y de la estupidez? ¿Había de ser éste el ideal del porvenir? La estupidez humana es grande, ciertamente, pero ¿por qué? Porque hay un cuerpo poderoso que tiene interés en cultivarla y en perpetuarla. Quebrantemos la influencia de la Iglesia, y nada impedirá que la luz ilumine con sus rayos benéficos todas las capas de la sociedad. Para inocular la superstición en el espíritu humano, hay que empezar por viciarlo, por falsearlo, por dejarlo ciego; déjensele los ojos de la razón que Dios le ha dado, y le será más fácil ver la verdad que el error.

## VII.

Hemos preguntado cuál es la *infame* que Voltaire quiere aplastar, y él mismo nos ha respondido que es la religión que predica la intolerancia, la religión que es un instrumento de dominación y que tiene por objeto la tiranía intelectual; la religión que tiene por apoyo la superstición y la ignorancia. Los protestantes dicen que no es éste el verdadero cristianismo, que es un cristianismo alterado, falseado por la impostura sacerdotal; por esto los más creyentes aplauden la guerra que Voltaire hizo á la *infame*. ¿Qué digo? Los católicos mismos quisieran rechazar la sangrienta he-